

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

¿Y después?

Dos jóvenes oficiales de caballería retirábanse una madrugada, después de una noche pasada entre los desórdenes del juego, al mismo tiempo que algunas gentes entraban en la iglesia de las Salesas de Madrid a oír la primera misa.

Instigados por los vapores del vino, ocurriéronse la impía idea de entrar en el templo, tal vez con el propósito de profanar su santidad con alguna grosera burla. Viendo a pocos pasos de la puerta un confesionario ocupado por un respetable sacerdote.

—Mira ese Cura,—dijo uno de los jóvenes a su compañero;—¿qué estará haciendo ahí?

—Debe estarnos esperando,—contestó el otro.

—No es muy probable, porque no debemos tener facha de congregantes; pero, por si acaso nos espera, debíamos acercarnos.

—¡Vaya una tontería!
A mí no me costaría trabajo; y eso que hace mucho he perdido la costumbre de arrodillarme.

—Pues entonces, vé tú.

—Pues ¿no he de ir? Espérame un poco, que vas a divertirte.

El aturdido joven avanzó hasta el confesionario, y se colocó, sin decir nada, en disposición de confesarse.

El compañero, sonriendo, se sentó para esperar al improvisado penitente.

Mientras tanto éste sostenía con el sacerdote un animado diálogo que excitaba la curiosidad de su compañero.

El sacerdote había conocido desde luego la intención del militar, que no era la de hacer una formal confesión. Así es que, sin esperar a que él hablase, le dijo con dulzura.

—Caballero, conozco que no viene usted con disposiciones para confesarse, y que más bien trata

usted de burlarse de las cosas de Dios y sus ministros, pero yo le perdono de todo corazón y pido al Señor le perdone también.

El joven, algún tanto desconcertado quiso en vano formular una excusa.

El sacerdote le interrumpió diciéndole:

No; no tiene usted necesidad de disculparse; no hablemos más de esto. Pero puesto que usted ha venido a buscarme, conversemos un poco. Ya veo que es usted militar; pero dígame usted, si no es indiscreta mi pregunta; ¿es usted soltero o casado?

—Soltero.

—Y su graduación ¿cuál es?

—Soy teniente.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinte y dos años.

—No tiene usted mala carrera. ¿Y cuáles son sus aspiraciones para el porvenir?

—Ser capitán.

—¿Y después?

—Después... comandante, teniente coronel, coronel, y si puedo, general.

—¿Y no piensa usted casarse?

—Probablemente me casaré.

—¿Supóngase usted ya general y casado; ¿qué piensa usted para después?

—Después, después... me retiraré a vivir en casa en paz con mi mujer y mis hijos.

—¿Y después?

—¿Cómo después?

—Sí, después de todo eso,—dijo con gravedad el sacerdote,

—Después... me moriré,—respondió el oficial desconcertado por el aplomo de su interlocutor.

—¿Y después?—insistió el Cura.

El joven se estremeció; no había llegado nunca a pensar en ese *después*, ni esperaba recordarlo de

un modo tan original. Así es que se calló, completamente desconcertado.

—¿No me responde usted?—le dijo el confesor;—¿ignora usted lo que le pasará a usted *después*? Me ha dicho usted lo que sucederá *antes*: voy a decirle lo que le pasará *después*.

Después de muerto, caballero oficial, su alma comparecerá delante de Jesucristo; será juzgada, no según la gloria humana, que habrá pasado como un sueño, sino según las buenas o malas obras. Si usted ha sido fiel observador de las leyes de Dios, si ha cumplido usted los sublimes preceptos del Evangelio, se salvará; y colocado por el Señor al lado de los justos, irá usted a gozar de la inefable dicha de la eternidad. Si por lo contrario, siguiendo sus pasiones, se ha olvidado usted del servicio de Dios; si desechando los saludables consejos y los avisos que la Providencia le habrá dado a cada paso para ayudar a su conversión, se ha obstinado usted en vivir impenitente, por más sabio que usted haya sido, oirá usted de aquel Juez infalible y recto la terrible sentencia: «Apártate lejos de mí, maldito»...

Usted habrá nacido cristiano, de padres cristianos: quizá su santa madre le habrá enseñado a rezar, ¿no es cierto?

—Señor, no me recuerde usted a mi madre exclamó el oficial conmovido;—la perdí hace mucho tiempo.

—Caballero,—dijo el eclesiástico en tono solemne, sin parecer que hacía caso del oficial,—ha venido usted con el propósito de burlarse; es usted hombre de honor, y comprenderá que me debe una satisfacción. Pues bien: exijo que todas las noches, al acostarse, se acuerde de esta aventura, y piense una sola vez *¿que será de mí después de la muerte?* ¿Me da su palabra de honor de hacerlo así?

—Se la doy,—respondió el oficial.

—Bien; pues ahora retírese, y si

algún día me necesita, acuérdesese del P. N., y búsqüeme aquí.

El jóven se retiró bastante preocupado. Su compañero que le esperaba ya impaciente, salió tras él de la iglesia, y le preguntó bromeando, acerca de lo que le había dicho el Cura. Contestó el otro de un modo evasivo, y con el primer pretexto abandonó a su amigo.

*
**

Dos días después, una mañana muy temprano, un jóven entraba en la iglesia de las Salesas; dirigióse a un confesionario en el que esperaba un sacerdote, que al verle llegar elevó sus ojos al cielo murmurando una plegaria.

El P. N. había reconocido al jóven oficial,

—Ya me tiene usted aquí,—dijo casi con lágrimas en los ojos el penitente;—quiero confesarme; pero como hace muchos años que no lo hago, quisiera que me dirigiese usted.

Cerca de una hora duró la confesión, al cabo de la cual el jóven se levantó visiblemente conmovido, después de recibir la absolución de sus culpas.

Algunos días después, los periódicos anunciaban que el jóven oficial D., había pedido su licencia absoluta para dedicarse a la carrera eclesiástica.

Hoy aquel jóven es un sacerdote ejemplar, dueño de una respetable fortuna que la consagra, así como su vida, a hacer el bien.

El compañero que entró con él en la iglesia, con este ejemplo, varió por completo de conducta, y es también hoy un honrado padre de familia, después de haber sido un militar pundonoroso y leal.

S. M. GRANIZO.

LA MUJER DEL TEMPLO

Ha oído el llamamiento divino y no se ha hecho de rogar... el Maestro la quiere para sí y no vacila... las voces del mundo se han apagado como lejana armonía... no queda en su corazón lugar para los amores profanos... ella tiene su puesto en la casa de Dios, y allí vivirá dichosa hasta que comience la otra vida... la verdadera vida, de la cual ésta sólo es preparación.

¡Ha roto con todo!... ha desgarrado su corazón alejándose de unos padres queridos, de unos hermanos cariñosos, de amigas de la infancia muy predilectas: ha hecho el sacrificio de todos sus gustos, comodidades, ilusiones, cuanto halaga a la mujer... quiere ser toda de Dios, y nada significan el triste

hábito, la pobreza voluntaria, las mortificaciones de la carne, la privación de los placeres, cuando ha inmolado ya su corazón separándose de seres que son la mitad de ella misma... ¡oh! ¡cuesta tanto dejar una madre querida, unos hermanos amadísimos!...

¡Vedla cerca del altar! Cubierta con amplio velo, modesta, recogida, piadosa, compite con los Angeles en la dulce tarea de alabar, bendecir, amar a Dios!... Ella procura adorarle por tantos que le olvidan, Jesagraviarle por muchos que le ofenden, entonar santo y fervoroso himno de acción de gracias, de alegría, por haberla escogido entre millares para hacerla toda y para siempre suya,

¡La mujer del templo!... Ya viste el negro traje de la Hermanita de los pobres, y se dedica a la ingrata, ingratísima tarea de cuidar y consolar a los infelices ancianos que apuran su paciencia, y la dan motivo para servir mejor a su Criador... Ya se envuelve en el blanco velo de la Reparadora, y como víctima perpetua permanece entre el vestíbulo y el altar reparando los pecados de los hombres, y elevando al cielo su oración continua para dilatar la gloria divina... Ya sepultada en el fondo del claustro, tras sombríos muros y dobles rejas, es la austera hija del Carmelo, de la Visitación, de San Francisco de Asis... la oración y la penitencia le son familiares, y mientras allá en el mundo, que dejó contenta, sus hermanas y amigas lucen brillantes galas, disfrutan grandes comodidades y recreos, ella educa niñas, cura enfermos, enseña la doctrina, practica todas las obras de misericordia... y siempre es la amante apasionada del padecer, la esposa del Crucificado, la que tiene por joyas y galas espinas, clavos y cruces... ¡esta es la mujer del templo!...

La mujer levantada y engrandecida por Cristo, la mujer libre de la abyección del Paganismo hasta los esplendores del Evangelio, *elige la mejor parte* cuando renunciando a las dulzuras del amor cristiano, a las comodidades del hogar, al cariño de la familia, trueca sus galas por el áspero sayal, esconde sus encantos en el retiro, se consagra a la penitencia y a la oración, y busca afanosa el infortunio para remediarlo, sacrificándolo todo para realizar su consoladora misión sobre la tierra.

Allí, cerca del altar, entre los Angeles, que si pudiesen envidiar la envidiarían, allí está su puesto de honor.

Ella camina en la vanguardia del valeroso ejército de heroínas que luchan por la fe cristiana, cada una

en su brillante o modesta esfera social... ella es la flor que esparce aromas deliciosos en la sombra del cerrado huerto, ella la paloma sin mancha que anida en el hueco de la roca. ¡Que Dios las sostenga cuando acerquen a sus labios, por amor a sus semejantes, el cáliz amargo, que ninguna rehusará apurar hasta las heces!...

RAQUEL.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Los tiempos que los profetas señalaron para el nacimiento del Mesías se acercan. Los sabios doctores de la Ley interpretando las sagradas escrituras creen, aunque no todos, que estamos ya casi en el momento en que ha de comenzar una nueva era para el pueblo de Israel. Y sin embargo no existe ningún acontecimiento extraordinario que indique la proximidad de su llegada.

Esperaban ver la venida del Mesías entrando triunfante en Jerusalén arrojando al invasor de la tierra de sus mayores y consolidar así el poderío de su pueblo; pero no interpretaban exactamente lo que las sagradas escrituras decían respecto a la evolución y transformación de la vida política y social del pueblo de Dios.

Otras normas y otra doctrina iban a ser implantada. El que iba a venir no impondría su ley con el estruendo de las armas, ni con el dominio de sus poderes sobrenaturales. El Mesías, anunciado desde hacía muchos siglos, entraría en los corazones de los hombres, conquistando sus almas y estableciendo normas de vida espiritual que transformarían el mundo, haciendo llegar a todos los rincones de la Tierra los dogmas cristianos que Jesús de Nazaret iba a dictar a los hombres de todos los pueblos.

Dios mismo bajaba a vivir con su pueblo escogido. Con ellos compartía sus 33 años de vida. Le esperaban hacía muchos siglos y era llegada la hora en que iban a cumplirse las profecías y el pueblo de Israel contemplaría hechos extraordinarios.

Y la doctrina de Jesús de Nazaret fué bálsamo que suavizó las heridas de la pobreza, del dolor físico, de la esclavitud mal reprimida, de la rebelión contra la injusticia. Y los ciegos vieron la luz de la verdad, y los muertos resucitaron a la vida de la gracia.

Las sagradas escrituras que se cumplieron hasta la última palabra fueron transformando la vida social del pueblo de Israel a medida que el Maestro de Nazaret iba desgranando como rosario de maravillosas cuentas, las bienaventuranzas del sermón de la Montaña.

Doctrina tan extraordinaria y tan llena de belleza y de verdad no podía quedar reducida al círculo en que se debatía el pueblo hasta entonces privilegiado; por eso rebasó sus fronteras y los discípulos fieles se esparcieron por todo el orbe llegando hasta el pináculo del poderío romano, para establecer en él la Sede pontificia, cabeza de la cristiandad.

Y desde allí, aun escuchamos la palabra de Pedro, pescador en Galilea primero y Sumo Pontífice después en los siglos venideros, que repite una y mil veces, las palabras de amor de su maestro, dando normas a los hombres para que impere en el mundo la justicia y escuchándole absortos los innumerables cristianos de todo el mundo como faro que guía la nave que lucha en el mar tempestuoso de los tiempos que corremos.

Año tras año, la Iglesia nos recuerda el momento cumbre en que comienzan a ser realidad las palabras vaticinadoras de los Profetas. Anunciadas muchos años antes, y esperadas por el pueblo de Israel, se acercaba el momento en que iba a comenzar una nueva Era en la historia del mundo. La venida del Mesías hace a los pueblos comenzar de nuevo el cómputo del tiempo. El hecho es tan extraordinario que es preciso comenzar otra vez.

Dios iba ha hacerse hombre y habitar entre nosotros.

Directamente iba a dictarnos nuestros deberes, iba también a señalar nos el medio mejor para vivir feliz. ¡Quien se aproveche de la sumisión y mansedumbre de un pueblo creyente tendrá que dar mucha cuenta a Dios!

La fe, la esperanza y la caridad serán el norte que guíe los pasos del hombre en el caminar por la vida. Para todos habló Dios en sus predicaciones. para el pobre a quien aconsejó resignación, para el rico a quien le dijo muchas veces sus deberes de caridad y de justicia, para el que gobierna los pueblos, señalándole la meta que debe inspirar sus decisiones legislativas, a la mujer a quien señaló también una misión cerca del hombre. Y a todos un día y otro día dando consejos unas veces y señalando duros deberes que inexorablemente había que cumplir.

Los siglos van pasando. Uno a uno irán presentándose al Tribunal de Dios para dar cuenta de sus actos en relación con su puesto en la sociedad. Otra vez la Iglesia nos recuerda que hace 1945 años, en un lugar de Nazaret Dios mismo iba a descender a la Tierra para vivir entre los hombres. El pueblo escogido de Dios le esperaba desde hace siglos. Era su pueblo quien guardaba la tradición y los sagrados libros en que les anunciaban los Profetas su venida. Y ese pueblo le esperaba....

..... y su pueblo no le reconoció.

R.

TRES MINUTOS DE VIDA

A una sobrina muerta al nacer y enterrada sobre dos Mártires.

Dichosa tú, que al asomar al mundo, te diste cuenta de que la vida era un continuo penar y a Dios te fuiste. Dichosa tú, ya que el deseo profundo que te animó a venir, sin otra espera, fué obtener el Bautismo y lo obtuviste.

Llave del Paraíso ese Bautismo, ya en tu poder, te brinda la fortuna de llevarte hasta Dios como un destello. Y al aceptarte Dios, tu cuerpo mismo duerme su eternidad, ¡oh extraña cuna! de dos Mártires Santos en el cuello.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, diciembre de 1945

FÁBULA

Sucedía en cierto tiempo y en cierta comarca... que un rebaño de carneros, frecuentemente acometido por feroces lobos, era defendido bizarramente por fieles y briosos mastines.

A fuerza de ladridos y dentelladas los perros desempeñaban su oficio a las mil maravillas, y ahuyentaban al enemigo. Mas un día, algunos más ilustrados y despreocupados carneros tuvieron un escrúpulo y se dijeron: «Sin duda alguna nuestros perros son muy generosos, muy amigos nuestros, y nos defienden a más no poder de nuestros más encarnizados enemigos; pero ¿no es verdad que ladran muy fuerte y son demasiado duros y crueles con esos pobres lobos?. Y fijémonos que más moscas se cazan con miel que con hiel, y además que hoy está de moda ser tolerantes. ¿Y quien sabe si la dulzura y suavidad en el trato con ellos, los buenos procedimientos, las finezas y galanterías, algunas concesiones hábilmente hechas, no enternecerán sus corazones, menos feroces quizá que a lo que nosotros nos parecen?. No, no es enseñándoles los dientes ni aguzando los colmillos como se harán amigos nuestros.

Siempre fueron los carneros excelentes animales, pero nunca se distinguieron por su buen juicio y discreción.

La opinión de los escrupulosos permaneció en el rebaño por una abrumadora mayoría de votos. Cortésmente se rogó a los perros poco caritativos y tolerantes, y demasiado retrógrados e intransigentes, que no ladraran ni mordieran y que en adelante prescindirían de sus valiosos servicios.

Y poco tiempo después, una noche aciaga y sin luna, hicieron los lobos en el rebaño tranquilamente una horrorosa carnicería.

Un sólo carnero pudo escapar y es el que me contó la historia.

ARRATE

De la vida ciudadana

CONSEJOS

Decíamos en el número anterior que la vida social no es más que una mutua dejación de derechos y de transigencias, sin que señaláramos ninguna clase de personas concretamente, sino más bien refiriéndonos a todos en general.

Hoy hemos de indicar algo más. Una característica de la vida social es la educación. Por ésta podemos vivir entre los demás hombres y su principio, según decíamos anteriormente, estaba en el respeto a los derechos ajenos; pero existen ciertas personas en las cuales hemos de extremar las consideraciones sociales y entre éstas tenemos principalmente a la mujer.

Si es joven, nuestras atenciones suelen ser fácilmente corteses y con atenta sonrisa cedemos nuestro derecho, y nos privamos inmediatamente de cualquier libertad en atención amable por considerar ésta delicadeza como un signo de distinción o de buena educación. Si es mayor, aún continuamos teniendo con la mujer las mismas amabilidades, pues en el trato con la mujer el hombre se afina, según frase de un famoso político tradicionalista. Y es en esta clase de relaciones donde el hombre puede demostrar siempre su grado de cultura, de educación, y de buen trato en la vida social.

Para con los viejos también nos mostramos atentos y corteses y alardeamos en público de nuestras consideraciones amables para con las personas ancianas.

En toda esta clase de relaciones sociales el hombre puede demostrar su esmerada corrección y la buena educación que ha recibido de sus maestros y de sus padres. Y éstas transigencias sociales hemos de tenerlas siempre con la mujer, con el anciano, con las personas que la sociedad ha considerado siempre con especial consideración... y éstas atenciones las debemos de tener con ellas... aunque no fuesen dignas de merecerlo.

J. M.

COMENTANDO

YO QUIERO UN PREMIO

Yo sé positivamente que en justicia merezco un premio. En el rincón más oculto de mi conciencia yo guardo desde hace muchísimo tiempo la convicción profunda de que merezco un premio.

A los niños de la escuela, cuando saben bien sus lecciones, o para que las estudien bien, se les premia. A los mayorcitos, cuando ya empiezan a pollear antes de tiempo, como siempre, para estimularles, se les premia. A los pelicáncanos de diez y ocho, que empiezan a sentir en sus espíritus lo

aleteo de la fuerza centrífuga, se les atrae y retiene a fuerza de premios. A los mayores y a los machachos, para que sigan siendo buenos chicos, se les premia también.

Pues, si a todos estos seres, más o menos humano, se les premia por adelantado para que sean buenos; es decir, se les premian sus acciones buenas antes de realizarlas, ¿por qué a mí, ya que no se me hace por adelantado como a los demás, se me premian los méritos contraídos con anterioridad? Esto, a simple vista, se vé que es una injusticia manifiesta,

En mi favor tengo el que yo he obrado para merecer premios y ellos han obrado de acuerdo con el precio que les pagaron por adelantado. ¿Que qué méritos se me pueden reconocer? Hombre, para mí, es suficiente el tener la persuasión absoluta de que los tengo, aunque lo duden o nieguen los demás. Claro está que si se obstinan en no crearme, o me quedo sin premio, por no haber apelación posible, o me veré precisado a demostrar mis méritos, aunque por humildad prefiriese callarlos, para que los dijese mi abuelita la pobre.

En primer lugar, yo fui niño, si no hay alguien que me demuestre lo contrario, rapaz, jovencito, etc., y ahora, porque no lo puedo evitar, me veo precisado a ser machucho. Todos los méritos anotados antes en el haber de

estas clases sociales, se me tienen que admitir, como a los demás, sin que se me pueda negar el que yo haya realizado tales cosas «por adelantado» «para hacer méritos» al premio, y lo que es peor para mí, sin haber pasado jamás la factura.

Yo sé leer y escribir, sé regularmente las cuatro reglas, sabía algo de la geografía que ya no vale, y otras muchas cosas más. No cobré nada para llegar a ello, ni por haber llegado. Se me debe este premio. Y va uno.

Yo fui después disciplinado, a la fuerza, pero lo fui, y asistí a un cuartel y a unas clases en donde se me enseñaron cosas como ellos querían y no como yo deseaba que fuesen. Tampoco cobré nada. Se me debe otro premio. Y van dos.

En mi exaltación juvenil, pude robar y matar y no lo hice, no porque se me hubiese pagado o premiado para que no lo hiciese, sino al contrario, para ver si por no hacerlo se me premiaba. Que si quieres. Se me debe otro premio. Y van tres.

Ahora puedo hacer todas esas cosas y no las hago. También se me debe este otro premio. Y van cuatro.

¿Cuándo se hará justicia?
Ya veo a alguno de Vds. dispuesto a hacer algo por mí.
Pero, cuidadito; no sea que, como premio, me regaleis el cuento de Blanca Nieves y los Siete Enanitos.

HERO

Solución al Jeroglífico núm. 22, por MORÁN

Está controlado sólo el aceite



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado DE

José Romero Tena e Hijos

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos - Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - T.º 311
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJÓN

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJÓN Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJÓN Teléfono 33

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJÓN Moros, 5



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODERADO